

ENRIQUE LAFOURCADE

ELEGIA DE VARON
ILUSTRE DE INDIAS

RICARDO era insolente. De una insolencia real, magnífica, terrible. Decía lo que nadie en Chile se atrevió jamás a decir. Su franqueza golpeaba a las personas como garrotazos. Incitaban a risa lo certero de sus juicios, el grotesco contenido en sus caracterizaciones. En la Cámara de Diputados, en la Secretaría del Partido Socialista —en sus años juveniles de desenfreno revolucionario— la palabra de Ricardo era temida y temible. Tribuno de sangre tribunicia pudo haber cumplido una excepcional carrera política hasta la propia Presidencia de la República. Pero, en algún momento de su agitada existencia, se detuvo. Veía a su padre, el ilustre científico, historiador, antropólogo, polígrafo, refugiado en la paz serena de sus investigaciones. Y, poco a poco, esas sirenas de la política comenzaron a cantar menos fuerte.

Ricardo tenía guardaespaldas. Entre otros, Abraham Pimstein —según me lo manifestara alguna vez— el cual, armado hasta los dientes, lo seguía por las calles, preservándolo para el socialismo. En una oportunidad, a la salida del Correo Central mataron a un inocente caballero confundiendo con Ricardo Latcham. Los nazis. Dejo al espíritu erudito y curioso de los miembros del Instituto de Literatura Chilena el descubrir el nombre del asesinado y las circunstancias del acto.

Vehemente, se movió en tiempos difíciles cuando socialistas y nazistas eran como perros y gatos, y se daban de balazos por un quítame allá estas pajas. Salió vivo por milagro. Del socialismo militante pasó a los cronistas del descubrimiento. Y bebió estas aguas tediosas. Se había leído —¡oh increíble lector!— toda la *Elegía de Varones Ilustres de Indias* de don Juan de Castellanos. Merodeó por bibliotecas públicas y privadas. Largas veladas en Madrid, o en Sevilla, o en La Habana, comiendo estos manjares. Sin descuidar la varia experiencia. Con Enrique Labrador Ruiz, en Salamanca, frecuentaban una casa de pro,

donde, según malas lenguas, a medianoche aparecían las hetairas y los sacerdotes. Casas de cena en la medianoche de América Central, con viejas poetisas llenas de polvos de arroz, oliendo a agua de rosas, que alejaban el aire caliente de sus mejillas, con gruesos abanicos de carey, dibujados y escritos. Románticas jamonas de la época de Rubén Darío. Ricardo en tertulias con Alfonso Reyes. "Alfonso tenía ojos de sátiro. Era un chiquitito ceremonioso, y de mirada lúbrica. Las mujeres caían como moscas". O en las chicherías de los extramuros de Lima. Bebiendo guindado con Mario Benedetti o Angel Rama, en Montevideo. Ricardo tras las huellas de algún cronista, en Colombia. De Barranquillas a Cali, del brazo de académicos enlutados con olor a café y a ásperos tabacos. Lo vi en Buenos Aires, la última vez. Exactamente, en una fiesta que daba la Embajada de Venezuela. Le dejé allí, con un vaso de whisky en la mano derecha, accionando hacia el aire de los salones. Antes, en la tarde, habíamos deambulado por las calles de la ciudad, siguiendo a Hugo Lindo que le informó que tenía que reunirse con una dama aristócrata, una patricia millonaria y muy bella. Ricardo deseaba investigar la especie. Y reía como un niño al descubrir, por último, a la patricia. "Monsieur de Brougelone" —murmuró como escueto comentario. Y, acto seguido: —"Vamos a conocer a la novia de Borges. Dicen que está locamente enamorado de su secretaria"... Luego: "...un Congreso de Académicos inaudito, como para una Corte de los Milagros. Unos viejitos próceres pegados con tela emplástica que susurran y confidencian sobre el estado de sus próstatas"...

Le recuerdo en algunas fiestas donde sin orden ni concierto, bebíamos y comíamos, a través de la larga noche, en mi casa, con Juanito Uribe, Armando Cassígoli, Yerko Moretíć, Nicanor Parra. Hacia el amanecer, fumábamos colillas, raspábamos el fondo de los vasos. Ibamos a la cocina a preparar huevos revueltos, con pan duro. Todo, en medio de apasionadas disputas sobre méritos y deméritos de tal o cual escritor o escribano.

Le evoco en un campeonato Rabelesiano, cuando volvía de Chillán, del segundo encuentro de escritores que organizara Gonzalo Rojas. Unos compadres "que parecían pircas llovidas", en medio de la humedad chillánica (neologismo recién acuñado) le regalaron un cajón de longanizas. Nos juntamos a mediodía en su departamento de la calle Huérfanos. Se sentían olores. Los primeros metros en las sartenes. Vinos, panes. Llegó el "gordo Fuenzalida" y Tito Mundt con Kanda Jake. Mundt habló por teléfono durante todo el almuerzo poseído de sus ya tradicionales fiebres parlantes. A ratos corría a la arena donde se disputaban preeminencia manducatoria Ricardo y Fuenzalida. Los

metros llegaban dorados, hinchados de grasas áureas. Y vengan gruesos tintos, panes, ajíes, quesos. Quejidos. Bicarbonato. Nuevas pailas con mayores longanizas. ¿Cuánto duró la hazaña? ¿Quién fue el vencedor de estos regocijos chillánicos? Tarea que también entrego a la inquisición del Instituto de Literatura Chilena.

Anduvo desterrado por el Sur, dejando amigos en Chiloé, en Puerto Montt, en Temuco. La historia de Ricardo se une con su leyenda, y hacen una sola peripecia de vital regocijo, de exceso y desenfreno, en el mundo de las sensaciones, en el mundo de la inteligencia, en la desmesura para darse al multiplicado espectáculo de su tiempo, de su historia, de sus simpatías y diferencias con la familia humana.

Ricardo era imprevisible. Parecía dormido, o en estado sonambólico. De pronto, comenzaba a hablar, arremetiendo contra los Papas, contra el Sagrario, contra los templos. Con volumen fuerte de voz, acompañado de gesticulaciones breves de sus dos manos pequeñas, unas manos chicas como de niño, incrustadas en su cuerpo de oso. Tenía algo de oso, al moverse. Algo fuera de la vigilia, de oso en sueño invernal. Se daba vueltas y vueltas, viendo sin ver a sus semejantes. Y sin embargo, atento al menor gesto, a la palabra mínima. Percibía el ridículo con gran facilidad y su sentido del humor, alta y noble virtud humana, le permitían encontrar diversión y revelación de conductas, allí donde los otros veían pompas y solemnidades. Se complacía en atacar a los curas; a los jesuitas, en particular. En hablar contra el Presidente de la República, cualquiera que fuese. Descalificaba con un adjetivo a eminentes padres de la Patria. De Alone y Manuel Vega decía cosas irreproducibles, aunque muy cómicas. Hasta los amigos más íntimos de los afectados por la lengua terrible de "Ricardito", tenían que conceder una sonrisa, cuando no una franca carcajada al oírle: ... "Y ese individuo, que parece una señora con corsé y que escribe ...", o "¡qué puede saber de literatura ese mulato hijo de un jesuita y de una esclava negra de La Serena ...!" Ricardo inventaba historias. Quería estar atento a todo, conocer todo. "Lafourcade, ese especie de curita franciscano de nuestra literatura". Cuando me conoció —ya que esto lo afirmaba en las tertulias de la Librería Nascimento, sin haberme visto jamás— me dijo "—usted es Lafourcade... ¡Bah, yo creí que era otro!".

Ricardo gustaba de caminar. Por el centro de la ciudad. Iba deteniéndose en cada quiosco de diarios, a ver titulares. O en las librerías, O en las esquinas. Tomaba del brazo a sus acompañantes, se quedaba inmóvil en las esquinas, hablando, calificando, contando uno de sus prodigiosos cuentos, con el ojo avizor a los transeúntes. Tenía sentido

del auditorio: —“¿No conocen lo que le dijo Neruda a Salvador Allende? ¡Oigan esto!...” Pedía, exigía auditorio... Iniciaba gran parte de sus cuentos con: “—¡Este país no tiene remedio!...” A veces, un viaje de ocho a diez cuadras tomaba media hora, o más.

Ricardo usaba unos zapatos de fraile —él, tan enemigo de la clerecía— unos mocasines negros, sin dibujos, que parecían zapatillas de obispo. Tenía, igual que las manos, unos pies muy pequeños y delgados. Parecían postizos. Más de una vez miramos admirados sus pies. ¡Cómo era posible que ese metro ochenta y dos, que esos ciento y tantos kilos, se sostuviesen sobre esos frágiles pies obispales! ¡Con razón se balanceaba al caminar!

Vivió por años en un pequeño departamento de la calle Huérfanos, al cual se llegaba por estrechas escalas, por las cuales no podían cruzarse dos personas.

Había allí libros por miles. Un cuarto con montañas de libros, en el suelo. Un refugio lleno de fotografías de escritores, cuadros, cerámicas diaguitas, viejos mapas de la colonia. Su mujer, Alicia Rivera, preparaba unos extraordinarios “Manhattan” de un suave tono naranja, que bebíamos con ayuda de quesos y aceitunas.

Ricardo tenía gestos reales. No le gustaba atender el teléfono. Daba la mano en forma rápida, un apretón blando, huidizo. Proclamaba a voces que era monárquico y que “sólo la monarquía salvará a Chile”. En una oportunidad —no ha mucho— participó en cierta vinosa asamblea de escritores. Estaba allí Edesio Alvarado quien, al calor de los tintos, le sugirió a Ricardo: —“¿Puedo tratarte de tú?”. La réplica: “—¡Por motivo alguno! ¡Guarde las distancias, joven!”. En el último tiempo frecuentaba el Instituto de Literatura Chilena, de la calle Londres. Había descubierto un bar donde preparaban grandes sandwiches de pernil con salsa de ají. Ricardo era troglodita para comer y beber. No se ahorrabá. Le gustaba, en verano, el “Borgoña” con muchas frutillas y bastante azúcar. Fuimos alguna vez a beberlo en el bar del Roxy, a las diez de la mañana. Dieron las once. Nuevos jarros. Las doce. “—Pidamos ahora una botella de vino blanco para pasar el gusto del borgoña”... Canapés de locos, queso, más blanco. “—Quedémonos a almorzar...” Y ese almuerzo podía prolongarse hasta la tarde, y de la tarde a la noche... Santiago es grande y vario, en la noche. La palabra de Ricardo fluye viva, aguda. Aparecen amigos por todas las esquinas. Siempre está el “Bosco” que nunca cierra. Siempre hay una última cosa que decir de ese crítico peruano que “—en realidad era un verdadero delincuente... ¡En una monarquía lo habría fusilado en el

acto!". Su monarquía era tan fantástica, que tenía fusileros reales en vez del elegante cadalso.

Ricardo escribía sus crónicas y artículos en una vieja máquina, en el comedor de su casa, que transformaba en escritorio, lleno de papeles y libros. Escribía con un dedo, con el índice de la mano derecha. Pero a una extraordinaria velocidad. Cuando concluía su artículo, el índice le quedaba temblando un largo rato. Las manos de Ricardo, bien vistas, eran muy parecidas a las de Jorge Luis Borges. Se parecían aún físicamente en otros detalles. Borges es más pequeño, pero tiene una nariz semejante, levantada. Nariz de colegial. Y esas manos blancas, débiles. Más exangües las de Borges. Con las uñas amarillentas de nicotina, las de Ricardo.

Ricardo viste bien. Abrigos de cachemira azul marino, o de nobles tweeds ingleses. Corbatas de seda natural elegidas con gran cuidado. Finas camisas. "—Un caballero antiguo y monarquista tiene que fijarse en los detalles"— suele decir.

Llegamos a visitarle a Llolleo, donde pasaba algunos días del verano, con Armando Cassígoli, el escritor y teórico marxista, el profesor y alumno, el exuberante y meridional Armando Cassígoli, al cual Ricardo profesaba una gran estimación, acaso por coincidencias de fondo en sus sistemas de valorar la realidad. Fuimos hasta su casa; Ricardo pasaba los días leyendo a los cronistas, o la última novela de Nathalie Sarraute. "—Llolleo está lleno de viejitos cardíacos" —nos aseguraba— "que se juntan en la Plaza a comparar sus infartos" . . . "—Mire, Pajarito, no habrá por ahí algo que picar, Pajarito . . ." Le decía a Alicia, cariñosamente, "Pajarito". Y Alicia preparaba sus virtuosos cócteles, con guindas marrasquino, rectángulos de queso, anchoas sobre galletas saladas . . . Y la mañana se iba en tertulias.

En la tarde, decidimos seguir a Cartagena. Yo tenía una motoneta, y me llevé a Ricardo. Armando se fue en un camión. Ricardo, descomunal, rubeniano, en la frágil "Vespa" no cesaba de hablar, accionando como si estuviese confortablemente arrellanado en una bergère. Estuvimos en un tris —para usar una palabra típica de él— de "descalabrarnos". Fue a la bajada de Cartagena, cuando Ricardo se entusiasmó con algo, no sé si la última novela de Alejo Carpentier, o los sonetos emboscados del capitán Neruda. El hecho es que zigzagueamos al borde de un acantilado, y por unos segundos estuvimos en serio peligro. Es decir, sólo yo me di cuenta. Además, Ricardo no veía el paisaje. O, muy poco. Vista de águila para primeras ediciones, para viejos infolios, para desentrañar timbres de agua, para percibir erratas. Pero el

mundo externo, el mar, la montaña, los jardines, los bosques, la cordillera... le eran ajenos.

Palabras de Ricardo: "¡Guay de la viuda!".

Sobre "¡Guay de la viuda!" o "¡Guay de vosotros hijos de la viuda!", una glosa explicativa, aporte reciente de Alicia Rivera de Latcham: en España, la "viuda" era la masonería. Ricardo decía: "—Vamos a tomar un pisolabis". Hablaba a menudo de "el lecho de Procusto". De un ciudadano sin muchas luces decía, irónicamente, que era "un ingenio". Modos tales: "Llamar a manteles", "descuajeringarse", "Rebambaramba", daban fe de sus lecturas y viajes, de su exploración perpetua en el español popular y el culto.

Tenía afectos y adhesiones. Entre sus "intocables" estaban: Tito Mundt ("—Este país de tontos graves necesita de locos como Mundt. Si no existiera habría que inventarlo. Imagínense lo aburrido que sería si no estuviera Mundt aquí. Yo, si fuera Presidente de la República, le daría una condecoración..."). Ester Matte ("—No, a la Estercita no me la toca nadie... Le prohíbo que hable sobre la Estercita. Para eso tiene papá..."), Mariano Latorre. Ricardo era capaz de enojarse de verdad si alguien se permitía decir una irreverencia sobre Mariano. Jorge Alessandri ("—El primer Presidente con facha de caballero que tiene este país..."). Echaba pestes contra los curas, lo que no le impedía ser gran amigo con Fidel Araneda Bravo. ("—Es el único cura buenmozo que hay en Chile"). Sus pleitos con Manuel Vega fueron dilatados y sonados. En Embajadas y direcciones de periódicos, en paraninfos universitarios, aulas, cementerios, cafés, la palabra pródiga en adjetivos de Ricardo, pulverizó durante años a Manuel Vega. A veces, las emprendía contra Alone, o contra Neruda. Alguien reparó alguna vez —¿fue el propio Alone?— que Ricardo, tan imprudente y osado al hablar, escribía con mesura y decoro. En verdad, un examen de sus escritos no daría la imagen que trato de insinuar aquí, la de un hombre beligerante, destructor de ídolos, valiente hasta el suicidio en la exposición de sus juicios o ideas, sobre personas, obras o instituciones.

En el contacto humano directo hay elementos intransferibles, irreductibles. Lo que Ricardo Latcham era, se fue con él. Los materiales preciosos de su espíritu, su don mágico para ver y prever la realidad, sus vehemencias infantiles, sus excesos cultos, su capacidad para sorprender las caras en sombras, los subterráneos, las remotas entrañas del arte, su dote de pertrechos intelectuales pasados (no había en Hispanoamérica quién supiera más sobre los cronistas y sobre el barroco); sus vituallas presentes, la muchedumbre de sus incitaciones, la carga erudita aligerada por la anécdota precisa. Se fueron con Ricardo Latcham

modos de vivir demasías, maneras de multiplicación, actos de fe en el humanismo hispano, que, antes que él, representaron sus amigos Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón-Salas.

La suntuosa y ática preocupación de Reyes, indagando en filologías y semánticas, en el cielo transparente de Anahuac, o en los gruesos cielos helenísticos donde surgían círculos; las artesanías y disciplinas perfectas del dominicano exiliado en Buenos Aires, postergado, modesto en su poder, con precisiones críticas y documentales no superadas; o el lúcido y nostálgico recuerdo de la historia de la cultura, hecho carne, encarnado, en la obra de Mariano Picón-Salas; y el desborde optimista, festivo, inocente, y sabio, de Ricardo Latcham, creaban una tetralogía importante en nuestra América Latina; eran sus exploradores, sus adelantados.

Duele en el tránsito de un amigo, su amistad perdida. Pero aumenta el duelo saber que quedaron tantas cosas inconclusas, o ni tan siquiera iniciadas, y que era ese amigo, precisamente, el único capaz de llevarlas a su perfección, y de que al escaparse, se escaparon con él sus años y sus días de velas y sueños, de revelaciones y deslumbramientos, de métodos y caos.

Hay algo que se llama "espíritu latino". Una forma de vivir, exaltada, exultante; cierto frenesí, la pasión de los sentidos, los sueños caóticos, "la razón apenas". Una actitud que tiene acentos comunes en Ciudad de México, y en Asunción, en Santo Domingo y en Quito, en Managua y Buenos Aires. La certidumbre de que se dispone de una eternidad. Los latinos creen de buena fe que son inmortales. No se aseguran, como los germanos. Corren riesgos y la previsión les produce risa. Andan siguiendo el consejo final de Stephen Dedalus, y están de tránsito, en viaje sobre la tierra, viaje con algo del de Alicia y del de Nils Holgerson. Dionisos tutela su espíritu, y conforman en nuestro mundo una raza singular, festiva, veraniega, lúdica.

Ningún hombre ha podido expresar mejor este "espíritu latino", que Ricardo Latcham. Preparado en secretas disciplinas para responsables tareas de la inteligencia, no desdeñaba ese gran lujo de la raza, "perder el tiempo", dejarlo escurrirse de entre los dedos, al reparo de "condumios capitosos". Avanzar por la noche, de bar en bar, de fonda en fonda, de tahona en tahona, de mesa en mesón, de hostel en hostería, ir por las posadas y pensiones, explorando la vida humana. Quemar una noche magnífica en vigiliass alcohólicas, en tertulias espléndidas, en divagares y excitaciones. ¡Cómo soñaba con noche tal durante mi cronométrica estancia en California, donde medía los minutos y los segundos, y la duración de mi risa! La noche de Santiago, la noche



Ricardo Latcham y su esposa, en 1939, junto a "la carreta", que el escritor Enrique Amorim conservaba en su estancia "Las Nubes" (Departamento de Salto, Uruguay)

de México, la noche de Bogotá. Las dilatadas noches del trópico, cubiertas de cantos y perfumes. Las noches de Rubén Darío, las cervecerías de Buenos Aires. Las noches extensas, la noche aquella con Ricardo Latcham y Margarita Aguirre, en "El Palacio de las Flores", un sitio de bailes populares, en la avenida Colón, bebiendo Schenider helada, mientras multitudes se entregaban a la danza.

Le dejamos camino a Uruguay, a ver a sus amigos dispersos. Después, datos, referencias. Ricardo en Santiago. Ricardo haciendo clases en una Escuela de Temporada en Valparaíso. Ricardo hacia México. Ricardo en La Habana. Ricardo muerto.

Usando la frase:

—*El resto, es silencio.*